

# REVISTA DE LIBROS

---

## Bein da betiko

---

A don Domingo de Aguirre.

En Zumaya.

Amigo mio queridísimo: Mucho hace que pensaba dirigirte la presente carta, pero he ido retardando el cumplimiento de mi deseo, ya *porque el hombre propone y Dios dispone*, según reza el refrán, ya porque, como afortunadamente advirtió el doctísimo D. Gumersindo de Laverde al juzgar las celebérrimas *Doloras* de Campoamor, la inspiración es tan necesaria al prosista como al poeta, al crítico como al artista. Cuando falta la inspiración, no se acierta, por más empeño que en ello se ponga, á ver claro en el asunto, ni á coordinar los pensamientos, ni á revestirlos de expresión adecuada, como si una fuerza invisible nos atajase los pasos, ó el camino que intentamos recorrer, estuviese asombrado por la obscuridad de la noche, en que apenas se distinguen los objetos.

Hoy que parece que un rayo de luz se ha dignado descender á mi mente, quiero aprovecharlo, y exponerte unas cuantas consideraciones acerca de la primorosa leyenda que nuestro amigo D. Resurrección M.<sup>º</sup> de Azkue ha publicado recientemente con el título de *Bein da betiko*,<sup>1</sup> y sobre la cual emitiste un juicio tan atinado como artístico.

---

(1) Lenengo irakurgaia Bein da betiko. Azkueko Resurreccion Maria Abadeak egina.—Bilbao Imprenta de la Casa de Misericordia, Iturrubide, 2. 1893. IV. 128 páginas.

De la leyenda del Sr. Azkue juzgada desde el punto de vista en que tú te colocaste, nada tengo que decir, Tú lo dices todo, y lo dices mucho mejor que yo. Y quien quiera conocer ese juicio, no tiene más que recorrer las páginas de la EUSKAL-ERRIA, y en ellas lo encontrará.

Pero *Bein da betiko* merece, á mi juicio, ser estudiada bajo otro aspecto.

El señor Azkue, que no solo conoce y maneja á maravilla el dialecto literario bizcaíno, sino que domina las variedades que el habla popular ha introducido en cada localidad, y debe dominar especialmente las de Lequeitio, donde, yo no sé si vió la luz de la vida, pero tiene los que pudiéramos llamar afectos más íntimos de patria, ha querido con muy buen acuerdo que á la vez que la versión *literaria* de su leyenda, pudiera examinar el lector la traducción de la misma al bascuence vulgar lequeitiano, y las ha impreso juntas.

Feliz idea, porque de este modo pueden estudiarse con fruto muchas de las leyes á que ha obedecido el bascuence en su formación y desarrollo, y se puede también remozar el idioma literario, vigorizarlo y darle color y vida. Uno de los escollos de que debe apartarse quien se dedica al cultivo de una lengua, es el de alejarse sistemáticamente de toda expresión vulgar, y encastillarse en una especie de torre de marfil á donde nunca lleguen los ecos de la voz del pueblo. Así lo hicieron los franceses en el siglo de Luis XIV, y con haber tenido entonces dramaturgos y poetas tan admirables como Corneille, Racine y Molière, y oradores de tan altos vuelos y fama, tan universal como Bossuet, Fénélon, Massillon y Bourdaloue, no hicieron más que empobrecer el idioma. Y para enriquecerlo de nuevo, y hacer entrar en el campo literario voces gráficas y pintorescas que, so pretexto de una meticulosa ley de buen gusto, estaban desterradas de él, tuvo que venir la revolución romántica, que en esta parte fué realmente gloriosa, y borró la arbitraria distinción de palabras nobles y plebeyas. El diccionario de Victor Hugo es incomparablemente más rico que el de Racine, y así pudo, con la lengua francesa, siendo esta de suyo tan ingrata y poco musical, hacer las maravillas de versificación que tanto han aplaudido sus discípulos, como por ejemplo, Teodoro de Banville.

Los rígidos preceptos de Boileau, y la dictadura que ejerció en las naciones que quisieron amoldarse al patrón que Francia les trazaba, fueron realmente dañosos á la expansión del genio de cada raza y gente, y perjudiciales en alto grado á la riqueza de las lenguas, Estas lle-

garon á ser cada vez más abstractas, á fuerza de querer huir de toda expresión vulgar. Y en autores muy renombrados del siglo XVIII se leen páginas enteras sin que en ellas se encuentre ni siquiera una frase pintoresca. La perifrasis llegó á su colmo, y sin recordar los chistosos ejemplos de los tiempos napoleónicos que Menéndez Pelayo aduce en su hermosísimo libro acerca del *Romanticismo en Francia*, basta coger una cualquiera de las composiciones de Luzán ó de sus imitadores para convencerse del empobrecimiento á que habian reducido el lenguaje poético, y de los eufemismos de que se valian para no llamar á ciertas cosas por su nombre.

Para saber el extremo á que habian llegado las cosas, sobre todo en Francia, no me parece fuera de propósito consignar el escándalo que produjo en París el atrevimiento de un poeta tan naturalmente aristocrático, culto y atildado como Alfredo de Vigny, quien en su traducción del *Otelo* shakespeareano habian llamado *mouchoir* al pañuelo de Desdémona, lo cual, á juicio de los que á la sazón dirigían la crítica literaria, era poco ménos que una herejía artística.

De entonces acá han variado mucho las cosas, y hoy tenemos en España, sin citar otros, un Pereda que ha introducido en el estilo literario, dándoles carta de ciudadanía en la república de las letras, muchísimas voces montañesas castizas y de cepa esencialmente castellana, las cuales infunden al idioma un vigor, un aire de frescura y una lozanía incomparable. Por eso pudo decir D. Benito Perez Galdós en el discretísimo prólogo de *El sabor de la tierruca* que, bajo este aspecto, Pereda era el escritor más revolucionario que se conocía en España. Y una prueba de que Galdós no carecía de razón al afirmarlo, la tenemos en la incomparable *Sotileza*, donde el lenguaje áspero y rudo de los marineros santanderinos está embellecido y magnificado por la virtud mágica del arte, sin que por ello pierda nada de su nativa franqueza y rusticidad.

El pueblo ha sido siempre el gran maestro del idioma, el gran creador de expresivos modos de decir; y cuando una lengua se halla empobrecida por el abuso de convencionalismos sociales y por la etiqueta académica y cortesana, no hay más que un remedio para restituírle su antigua lozanía: enriquecerla con la savia popular, buscar en el lenguaje de las clases bajas nuevos giros y nuevos modismos, ó restablecer otros ya caídos en desuso.

El originalísimo helenista Pablo Luis Courier, de más grata me-

moria como helenista que como *pamphlétaire* virulento y sistemático, decia, no sin gracia, en el prefacio de su traducción de Herodoto: «La lengua de esta traducción, si no es la del pueblo, está sacada á lo menos de la lengua popular. No hay nada ménos poético en el mundo que el tono y estilo del gran mundo... Traducir á Homero en nuestra lengua académica, lengua de corte, ceremoniosa, rígida, pobre, enervada por el uso de la gente culta, es un error deplorable; hay que emplear una dicción ingenua, franca, popular y rica como la de La Fontaine. No basta con todo nuestro francés para traducir el griego de Herodoto, de un autor que escribió sin ninguna traba, que ignorando el buen tono y las falsas conveniencias, dice sencillamente las cosas, las llama por su nombre, hace todo lo posible para que se las entienda, repitiéndose, corrigiéndose por miedo de no haber sido bien entendido.... Herodoto no se traduce en el idioma de las dedicatorias, de los elogios y de los cumplimientos... El empeño de ennoblecerlo todo, la jerga, el tono de corte, que infestó el teatro y la literatura en tiempo de Luis XIV, han echado á perder excelentes ingenios, y son causa de que los extranjeros se burlen de nosotros con justa razón. Los extranjeros no pueden ménos de soltar la carcajada cuando ven en nuestras tragedias á Mr. Agamenon y á Mr. Aquiles que disputan en presencia de todos los griegos, y á Mr. Orestes, que arde en vivas llamas por su señora prima. La imitación de la corte es la peste del gusto, lo mismo que de las costumbres....»

Me ha parecido del caso reproducir este trozo de crítica tan franca, tan sabrosa y tan sabiamente rústica, no sólo porque viene de perlas para robustecer ciertas consideraciones que he de exponer acerca de la leyenda del señor Azkue, sino porque las enseñanzas que contiene son muy dignas de tenerse en cuenta por los que se dedican al cultivo del bascuence, y muy especialmente por los que acostumbran traducir á nuestra lengua libros escritos en otros idiomas.

La misma índole de la lengua euskara, tan popular y rústica, tan maravillosamente conservada por las clases bajas, mientras las que se dicen altas las miraban con desdén, si no con desprecio, exige un estudio más asiduo y constante de los modos de decir de que se vale el pueblo, en quien hay que buscar el nervio, el genio del idioma, como lo buscó Moguel cuando escribió su delicioso *Peru Abarka*, como lo buscó Iztueta, cuya lengua es más rica que la de ningun otro cultivador del bascuence, como lo ha buscado ahora el Sr. Azkue para trazar

un interesantísimo cuadro de la vida de nuestros bravos y heroicos pescadores.

Tú conoces mi manera de pensar acerca del bascuence, y no te extrañará que te diga hoy en voz alta lo que en amistosa y para mí gratisima conversación te he dicho ya tantas veces; es á saber, que la lengua de Aitor es una lengua impregnada de olor á brea, cuando es lengua bañada por las olas del Cantábrico; y es una lengua saturada de aromas silvestres, y en especial, del que exhala el helecho cuando es lengua humedecida por el rocío de los valles, ó envuelta en las nieblas de las montañas.

Entre esas gentes que no han hablado en su vida otra lengua que la euskara, y no en ningun cenáculo académico, es donde debemos aprender á manejar el bascuence, á enriquecerlo con metáforas apropiadas y muy expresivos modos de decir, á dar nombre castizo á cosas que el uso de las ciudades llama bárbaramente, valiéndose de frases castellanas, á las cuales se quiere dar carta de naturaleza en nuestro idioma.

Y para conseguir estos fines, y saber cómo hablan los *Peru-Abar-kas* que aún viven, por dicha nuestra, en el solar euskaro, no hay otro medio que el adoptado por el Sr. Azkue: popularizar, difundir, hacer llegar á conocimiento de todos la manera cómo se habla el bascuence en cada localidad.

Y mientras no se haga, y no conozcamos en su inmensa variedad la riqueza del bascuence, será un ensueño generoso la formación de un *Diccionario* completo de nuestra lengua, pues por fuerza han de escaparse infinidad de voces á la perspicacia de quien se dedique á esa labor.

Ejemplo nos dió en este punto, como en otros muchos, el egregio Príncipe Luis Luciano Bonaparte, cuyos admirables trabajos filológicos acerca del bascuence, tuvieron por base el estudio profundo, concienzudo y serio, no sólo de las grandes variedades dialectales, sino hasta de los sub-dialectos que se hallaban en cada valle.

Lo que el ilustre Príncipe hizo en provecho de la filología, debe hacerse también en provecho de la literatura. Tuve yo curiosidad de saber cómo adquirió el candoroso y entusiasta Iztueta la extremada abundancia de dicción que le es característica, y supe que se habia dedicado á recorrer el país euskalduna, y á apropiarse en cada localidad aquellos giros y frases que le parecían más genuinos, lozanos y

pintorescos. De aquí la soltura y gallardía de su estilo: de aquí aquella vena pródiga é inexhausta que en su prosa admiramos, cuantos nos hemos complacido en su lectura. La lengua de Iztueta no es lengua empobrecida, deshuesada y sin vida: es lengua vigorosa, palpitante y llena de color, y por eso se encuentra en ella un *no sé qué* de que carecen otros beneméritos escritores bascongados: v. g. el mismo D. Francisco Ignacio de Lardizabal.

El Sr. Azkue se inspira en los mismos saludables ejemplos en que se inspiró Iztueta, y así ha logrado en su *Bein da betiko* una soltura, franqueza y libertad de estilo que se echaba de menos en su *Gramática*. Ciertas frases crudas, valientes y pintorescas, bebidas de los mismos labios del vulgo, dan á la figura de *Tšili* un relieve extraordinario y á su lenguaje una inimitable naturalidad.

Y es que no debe huirse nunca de la expresión popular, por ruda que parezca, siempre que salve las leyes del decoro. Es más: esa crudeza de expresión es como el elemento másculo del idioma, que le impide afeminarse con exceso, y hacerse cada vez más académico, mas abstracto y convencional. Las sociedades cultas nunca deben propender á empobrecer las lenguas, sino á enriquecerlas, y para ello han de consagrarse especialmente á recoger del pueblo todas aquellas voces que, siendo castizas y expresivas, van, sin embargo, cayendo en desuso, y á no dejarlas perder. Así se remozan los idiomas, y se les baña en esa fuente de Juvencio del lenguaje popular.

Entre nosotros ese deber es más estrecho y riguroso. Si el bascuence se ha de salvar y mantenerse por largos siglos en nuestras abruptas montañas, no lo salvarán seguramente las clases superiores, las cuales se muestran de ordinario demasiado sujetas á los efimeros caprichos de la moda, sino los que labran la tierra, los que pastorean, los pescadores que luchan diariamente con la fuerza del Cantábrico, y los humildes carboneros de cara tiznada pero de corazón sano y limpio como el agua cristalina de las montañas.

Los que escriben en bascuence han de procurar estar cada día más cerca de los que no leen, pero que debieran leer, hacerse asequibles é inteligibles á todos; y con ello, no solo conseguirán vigorizar la vida de la lengua euskara, sino también ennoblecer y depurar los sentimientos del vulgo. El arte, cuando es noble, siempre ejerce una función educadora, por más que no aspire directamente á un fin de enseñanza, sino á un honesto regalo del espíritu.

Nunca está demás recordar con Capmany que «los cortesanos y los literatos de todos los países son muy parecidos, porque todos aprenden en un mismo libro, aunque en diversa lengua». La literatura euskara será tanto más genuina y característica, tanto más representativa del espíritu de raza, cuanto más á manos llenas tome del pueblo cuanto de singular y poético atesora, no solo en costumbres, sino también en su manera de pensar y de expresar sus pensamientos. Sobre los idiotismos vulgares, aderezados con las sales peregrinas de su ingenio sin segundo, levantó el inmortal Cervantes la prodigiosa fábrica del *Quijote*; y el gran Manzoni; uno de los más admirables cultivadores de la lengua italiana, no se desdeñaba de escuchar, por lo que respecta al lenguaje de una de sus obras imperecederas, el parecer de una modestísima aldeana que era sirviente suya.

Esa es, á mi juicio, la tendencia que debemos recomendar y seguir los que nos dedicamos al cultivo del bascuence. Muchas cosas hay cuyos nombres euskaros no conocemos de ordinario, y la causa de este desconocimiento no es otra que el abandono en que se ha tenido el estudio de las variedades sub-dialectales y hasta locales del idioma. De nombres de plantas pudiera hacer un amigo que tú y yo conocemos, y no hay para qué nombrar, un copiosísimo vocabulario que viniese á completar el ensayo apreciable del finado D. José María de Lacoizqueta. El idioma poético resulta muchas veces pobre en manos de algunos literatos euskaros que lo manejan, no por otra razón, sino por la de carecer de nombres propios para designar ciertas cosas, y verse en la precisión de suprimir un concepto, ó de expresarlo por medio de vaguedades y circunloquios que le quitan toda fuerza plástica.

Por eso no me canso de aplaudir la tendencia oportunamente señalada por el Sr. Azkue, y no me cansaré de exhortarle, si mi exhortación vale algo, á pesar de ser mia, á que no nos deje con la miel en los labios, sino que en una serie de leyendas tan diestra y primorosamente trazadas como *Bein da betiko*, nos muestre la riquísima variedad del habla vulgar bizcaina, y nos inicie en el conocimiento de multitud de voces y de giros bascongados, que injustamente se hallan eliminados del lenguaje literario.

Y á los que nos motejen de emplear el tiempo en cosa tan baladí como el cultivo de la lengua bascongada, podremos contestar lo que el elegantísimo y descaminado Juan de Valdés contestaba en su precioso *Diálogo de las lenguas* á los que, en los días de Carlos V, tenían

á ménos valerse del idioma castellano para las obras literarias. Las frases del heterodoxo conquense vienen como anillo al dedo para los que, habiendo nacido en tierra bascongada, hacen gala de despreciar el idioma de Aitor, y por eso me ha parecido conveniente reproducirlas. «Todos los hombres somos obligados á ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural, y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que no la que nos es pegadiza y que aprendemos en libros... *Preg.* ¿Acaso el Bembo perdió su tiempo en el libro que hizo sobre la lengua toscana? ¿No tenéis por tan elegante y gentil la lengua castellana como la toscana? *Resp.* Sí la tengo, pero también la tengo por más vulgar, porque veo que la toscana está ilustrada y enriquecida por un Boccaccio y un Petrarca; los cuales siendo buenos letrados, no solamente se preciaron de escribir buenas cosas, pero procuraron de escribirlas con estilo muy propio y muy elegante. Y, como sabeis, la lengua castellana nunca ha tenido quien escriba en ella con tanto cuidado y miramiento, cuanto sería menester. *Preg.* Cuanto más conocéis eso, tanto más os debriades avergonzar vosotros, que por vuestra negligencia hayais dejado y dejéis perder una lengua tan noble, tan entera, tan gentil y tan abundante.»

Tengo para mí que estas palabras no sólo parecen escritas para algunos castellanos del siglo XVI, sino para muchos bascongados del siglo XIX. Y no son ménos oportunas las frases que mi dulcísimo Fray Luis de León estampó en la introducción al libro tercero de los *Nombres de Cristo*. Véanse á continuación: «Es engaño común tener por facil y de poca estima todo lo que se escribe en romance: que ha nacido de lo mal que usamos de nuestra lengua no la empleando sino en cosas sin ser, ó de lo poco que entendemos de ella, creyendo que no es capaz de lo que es de importancia: que lo uno es vicio y lo otro engaño; y todo ello falta nuestra, y no de la lengua, ni de los que se esfuerzan á poner en ella todo lo grave y precioso que en alguna de las otras se halla. Así que no piensen, porque ven romance, que es de poca estima lo que se dice; mas al revés, viendo lo que se dice, juzguen que puede ser de mucha estima lo que se escribe en romance, y no desprecien por la lengua las cosas sino por ellas estimen la lengua.... A los que dicen que no leen aquestos mis libros por estar en romance, y que en latín los leyeran, les debe poco su lengua; pues por ella aborrecen lo que si estuviera en otra tuvieran por bueno.»

Se me figura que estas y otras frases igualmente profundas y sig-



nificativas debiéramos tenerlas estereotipadas para contestar con ellas á las objeciones sin base de muchos que se precian de criticos y miran con olimpica indiferencia cuando no con mal disimulada hostilidad el cultivo de la lengua bascongada.

Merecen bien de la patria y del arte los que la estudian y embellecen como el Sr. Azkue, los que la levantan de la postración en que yace, y la engalanan con las flores y pompas de las letras humanas.

Un aplauso cordialísimo á los que, con tan levantados propósitos, proceden; y haya siempre suficiente fuerza de voluntad para no dejarse envolver en la atmósfera de tibieza y enervamiento en que hoy viven muchas de las gentes euskaras.

Yo no olvido nunca aquella admirable sentencia de Tito Livio:  
*Pertinax virtus omnia vincit.*

Seamos pertinaces, y el triunfo es nuestro.

Tuyo de todo corazón

CARMELO DE ECHEGARAY.

